



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9750

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 1/2 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 5 DE MAYO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola
arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

El hombre propone...

«Amigo mío: No faltes al baile proyectado. Te lo recuerdo con seis días de anticipación para que no alegues luego disculpa de ningún género. Estos espectáculos sabes se han hecho para que los disfrute la gente de buen tono, pero en compañía, pues á solas resultan fúnebres. Yo iré tarde porque precisamente esa noche hay *juerga* familiar en mi casa con motivo del cumpleaños de mi hermana; pero por más que estas *juergas* familiares me encantan porque tienen su *salsa* especial, la del cariño verdad, iré inmediatamente á reunirme con los amigos para juntos engolfarnos en esos placeres mentira que tanto nos halagan y seducen... No faltes pues y ya verás qué sorpresa os reserva tu amigo Luis.»

Recogí esta carta y cuando el día del baile llegué al café la lei en alta voz á los amigos, diciéndoles: —Ea! señores, esta noche es el baile! venga, á ver lo que decidimos y veamos qué sorpresa buscamos nosotros para corresponder con creces á la que Luis nos prepara y anuncia...

Todos pensamos cosas á cual más disparatadas y excéntricas. A uno se le ocurría engalanar con flores el palco, de modo que cuando Luis entrara se presentara á sus ojos como un inmenso bouquet; otro pensaba que todos nosotros vestidos de frac y pantalón corto le hiciéramos á su presentación mil saludos y reverencias y se le llamase *Alteza*... Otro decía que lo más conveniente era enviarle un par de amigas alegres vestidas de máscara cuando él estuviera cenando con su familia, y á otros ocurríéronse barbaridades por este estilo, hasta que sonó la hora de la desbandada sin que por último, como sucede casi siempre donde muchos hablan y discuten, hubiéramos resuelto el asunto aquel de la sorpresa...

Lo importante era que todos íbamos al baile y que después de tomar nota del número del palco que habíamos de ocupar, nos separamos prometiéndonos todos placeres y alegrías para aquella noche...

Llegué á mi casa; me vestí, dí al muchacho el número del palco diciéndole á donde iba por si algo

imprevisto ocurría, y después de cenar alegremente en compañía de un amigo nos dirigimos los dos al teatro, si no felices, por lo menos satisfechos de la vida... en aquel momento.

Lo lluvioso y desapacible del tiempo, lo encharcado y sucio de las calles de la coronada Villa, que apenas caen cuatro gotas quedan en estado intransitable, nos hizo pensar que sería escasa la concurrencia al baile. Pero no fue así; ni que la noche fuera estival y el ambiente de rosas hubiera pedido acudir más gente al teatro, que cuando nosotros hicimos nuestra entrada en él; presentaba el aspecto más animado que darse pueda.

Palcos y butacas aparecían llenos de figuras distintas, todas agrupadas de diversa manera y mostrando ese abigarramiento especial que componen los vistosos trajes y descaro de las caretas y alegría del vino y de los pocos años... El vulgo y las personas distinguidas confundíanse en hermosa amalgama y escuchábase largo y estruendoso ese rumor que forman las infinitas conversaciones, distintas todas, todas independientes unas de otras y á las que hacían coro las risas expresivas, las bromas más ó menos picantes, las sonrisas maliciosas, el continuo rodar de las enmascaradas parejas y la dulce melodía de los vales que alegres y bulliciosos llevaban la animación á la concurrencia exaltada, fuera de sí.

Nos reunimos á los demás amigos y después de dar unas vueltas por el salón, detuvimos nuestro paso con objeto de presenciar ante nuestros ojos ansiosos de contemplar todo lo bello, aquel vistoso desfile de tanta y tanta coquetona y bulliciosa máscara como por allí discurría... Aquí se presentaba una chula que se recogía la cola de la amplia bata llevando el bordado pañuelo de Manila con desgaire y con gracia sin igual; allí una hechicera hacía las delicias de media docena de pollos que la rodeaban y celebraban, riéndose de las bromas que á cada uno de ellos dedicaba; acá una preciosa ridícula, borracha del todo, bailaba un paso de *cancan*, levantando los pies cuanto la pesadez del vino se lo permitía; allá una pareja luchaba porque el *caballero* quería arrancarle la careta y la *señora* se resistía; en un lado paseaba tranquilamente una princesa de traje fastuoso y escotado, cubierto por una verdadera nube de gasas, cintas, sedas y flores, pareciendo en su porte altanero y la altivez de su mirada, la imagen de la fatuidad andando. En otro lado una mujer cubierta con un sencillo dominó obscuro, hacía contraste con la anterior, por la modestia de sus ademanes y la timidez de sus miradas, y en fin, por todas partes por donde la vista se dirigía, caretas, bullicio, careñadas, talles esbeltos, ojos picarescos, ardientes miradas, alegría, placeres, amor...

Como una visión fugitiva delante de nosotros pasó una máscara, alta, elegante, esbelta, y bajo cuyo traje se destacaban las curvas más ideales que es posible soñar... — ¡Qué hermosa! alguien exclamó á

nuestro lado. — ¡Qué hermosa! — repitieron mis amigos. — ¡Qué hermosa! — dije yo haciendo coro á tales alabanzas y viendo con pena desaparecer aquella mujer que nos había dejado absortos.

Ninguno pudo verla el rostro, que llevaba cubierto con coquetería, pero es indudable que la belleza se presiente, como se presienten las flores por el aroma que exhalan, y nosotros presentimos la hermosura de aquella mujer de tal modo, que convencidos y llenos de fe contra el mundo entero, hubiéramos mantenido nuestra creencia.

De aquellas exclamaciones que la bella desconocida nos hizo proferir, de aquella expectación en que nos habíamos sumido, vino á sacarnos una linda pareja de *bebés* con los cuales hubimos de platicar alegremente hasta que dos de nuestros amigos, entusiastas partidarios de la danza, aprisionáncelos amorosamente, partieron haciendo piruetas al compás de un voluptuoso wals, mientras nosotros nos dirigimos al palco para gozar con más comodidad del espectáculo.

II.
Cogí la carta, que interrumpiendo nuestro coloquio con los amables vecinos del palco fronterizo, me entregaba el acomodador, diciéndome que el criado que la traía esperaba la contestación.

La letra del sobre era de mujer y parecía trazada por mano temblorosa, como si se tratara de desfigurar la letra y todos pensamos en la sorpresa ofrecida por nuestro amigo Luis, quien ya suponíamos no tardaría en llegar al baile.

— Veamos la sorpresa! — dije, y desgarré el sobre que tenía en la mano.

Esperaba una nota alegre, una festiva humorada del buen amigo, y hé aquí lo que lei sin querer dar crédito á mis ojos:

«Luis se nos muere y quiere ver á usted á quien llama su buen amigo. Si le es posible venga pronto, pues de lo contrario no hallaría ya vivo á mi pobre hermano. Lo imprevisto de la hora no le importe, pues la casa del dolor siempre está abierta...»

Está era la sorpresa!... Corrí presuroso para ver á mi pobre amigo, y por el camino, que se me hizo interminable, pensaba en la espantosa rapidez de aquella inesperada enfermedad que nos arrebatara de tan cruel manera el cariño de aquel amigo... Pobre Luis!... Cuán ageno estaba él de que aquel baile con tanta impaciencia esperado, sería el canto fúnebre que le despidiera de este valle de lágrimas!... La Providencia tiene bromas pesadas. No parece sino que había preparado las cosas de manera que al prometer Luis una sorpresa, esta fuera la de su muerte!...

Y en tanto estas tristes ideas me invadían, recordaba con rabia y furor la alegría de aquellas innumerables parejas que llenas de vida danzaban vertiginosamente al compás de alegres notas, como si no hubiera un algo sobrenatural que contemplándolas sonriese, pensando en lo fácil que pudiera serle el segar aquellas vidas del mismo mo-

do que lo hacía con la de mi pobre amigo.

En medio del tropel de las ideas locas, desordenadas, que acudían á mi mente, tentaciones tuve de volver al baile para decir á las alegres gentes que pululaban por aquel salón con todas las fuerzas de mis pulmones:

— En nombre de un muerto y por respeto á su memoria, abandonad el baile!...

¡El hombre propone...!

V. DE DIEZ VICARIO.

1894.

TIJERETAZOS

Leemos:

«El gobernador de Orense telegrafía que en Verín, importante población de aquella provincia, han ocurrido dos casos de cólera seguidos de defunción.

Esto ha producido allí la natural alarma, habiéndose redoblado las precauciones para impedir el contagio.»

¿En qué quedamos?

¿Hay ó no hay cólera en Verín?

Si lo hay bueno, es que se diga para los efectos oportunos.

Dice un periódico:

«Con motivo de haberse anunciado la entrada en España de 700 segadores portugueses, ha sido autorizado el gobernador civil de Badajoz para obrar según convenga á los intereses sanitarios, ya que no se ha establecido cordón en la frontera hispano portuguesa.»

¿Sólo para los intereses sanitarios?

Nosotros creíamos que también para los intereses económicos.

Del correccional de Huelva se han escapado once presos que aun no han sido capturados.

Ya hacía tiempo que no se leían esas noticias en los periódicos.

¿Qué tal será la vigilancia y cómo estarán de seguras las cárceles cuando los presos se fugan por compañías?

En Palma de Mallorca se hacen gestiones para averiguar el paradero de dos muchachos de quince años que han desaparecido de la casa paterna.

Pues no hay más que encontrar á los novios y enseguida parecen las muchachas.

Dice «El Noticiero» de Barcelona:

«Hoy se ha dicho que el defensor del anarquista Salvador, autor del horrible atentado del Liceo, teniendo en cuenta que en la familia de dicho monstruo han ocurrido varios casos de locura, se propone que emitan dictamen sobre sus facultades mentales los 15 médicos que declararon demente al procesado Willé.»

Pues tiene miga el propósito.

Al llegar al puerto de Barcelona el vapor «Ciudad de Cádiz» ha sido detenido un pájaro de cuenta que se marchaba á Buenos Aires en compañía de doce bultos que constituían su equipaje.

Es un contratiempo como otro cualquiera.

Lo mismo da Buenos Aires que los aires carcelarios.

En los Estados Unidos se ha recibido un telegrama oficial del cónsul de dicha nación en Libertad, dando cuenta de haber estallado una revolución en la parte occidental de la república del Salvador.

Esto es raro ¿verdad?

Los republicanos americanos han gozado siempre de paz.

¿Quién les habrá enseñado á hacer revoluciones?

NOTAS

Hablemos otra vez de la Tienda-Asilo. Digimos hace días que esa institución no había sido fundada exclusivamente en beneficio de los mendigos, sino principalmente para aliviar en lo posible el estado aflitivo en que el obrero se halla, sobre todo el que gana poco y tiene mucha familia.

El aspecto que presenta ahora el comedor de la Tienda-Asilo es tan distinto del que ofrecía los primeros días, que de él podemos sacar un gran argumento en defensa de la afirmación que hicimos.

Ya no se ve ocupando las mesas del amplio comedor, aquel ejército de desarrapados que, casi descalzos unos, con la ropa hecha girones otros y sucios todos, daban al cuadro algo de repulsivo; ahora domina en absoluto la clase obrera, y los mendigos están en una exigua minoría. No parece sino que han comprendido que la Tienda-Asilo, no ha sido fundada sirviendo ellos de objetivo, según el poco cariño que le han tomado.

Y es natural; la mendicidad es un medio de vivir necesario para los menos; para los más constituye una costumbre que degeneró en vicio. El mendigo vicioso pide siempre. Así se le da una moneda en una casa, pide otra moneda en la de al lado y otra más allá. El pide siempre, sin perder tiempo á fin de recoger mayor número de limosnas.

¿Y cómo ha de aprovechar el tiempo comiendo en la Tienda-Asilo, si se junta allí tanta gente que para al canzar un plato de comida hay que esperar una hora ó más? Esa espera es ruinosa para el que pide. Cuántas monedas de cinco céntimos suponen para él esa inactividad de hora y media, que representa comer en la Tienda-Asilo!

Si hay quien busque otra explicación á la retirada que ha hecho la mayoría del ejército de los harapientos, se equivoca.

En cambio; cuántas infelices mujeres esperan pacientemente la hora de la comida! cuántas inocentes criaturas chillan y lloran esperando impacientes el momento de entrar en el comedor y sentarse á la mesa.

Esos son los verdaderamente necesitados; y como sus males no tienen otro remedio que la Tienda-Asilo, porque el postular en público se lo tienen prohibido la dignidad, esperan en la puerta del benéfico establecimiento, con el puñero en la mano á que se le facilite la comida á cambio de los bonos.

Cada una de esas mujeres, hace pensar en un obrero que trabaja incansable por arrancarle á la dura faena un par de pesetas ó tres; pero cualquiera que sea el jornal que gane, es insuficiente desde el momento en que su mujer ó su madre recurre á la Tienda-Asilo en busca de comida más barata, que la que puede obtener en la cocina de su casa.

Hay quien cree que se cometen abusos; hay quien sospecha que acuden á la Tienda-Asilo personas que no tienen necesidad de ello. Puede ser, no lo negamos; pero el número de los que abusan será tan reducido, que no hay que pensar en semejante cosa.

No hay ningún establecimiento que dé tantas raciones, se dice y se comprende; en los demás se da de comer á los pordioseros; aquí son los obreros los que sacan el beneficio.

Por eso el número de raciones no puede ni debe bajar de mil.